

*

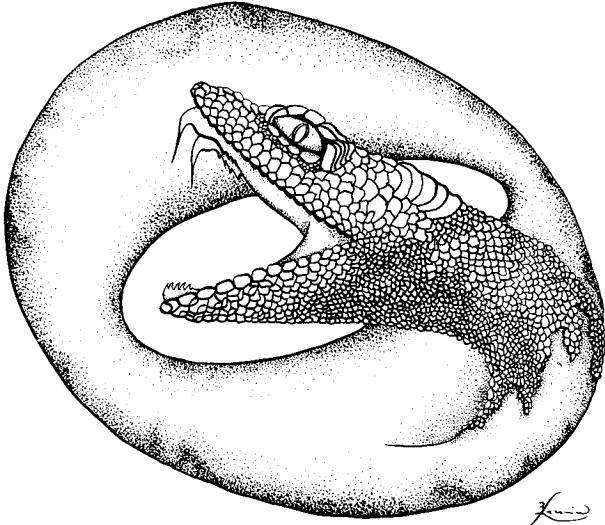
TERESA DE AVILA



Estudio de Las moradas



Fredo Arias de la Canal



¿Pero es que puede haber algo más dinámico que salir por la puerta falsa de un corral para empezar las aventuras en el antiguo y conocido campo de Montiel?

Y si a esto se le añade la creencia de que Mahoma o Santiago habrán de dar su protección a todas las contingencias habidas y por haber, habremos llegado al estado idílico de todo historiador, quien se regocija al tener muchas hazañas que contar, muchos héroes con quienes identificarse pseudoagresivamente, y también muchos vencidos con quienes identificarse inconscientemente en sus derrotas.

Claro que algunos historiadores se identifican al contrario de como hemos expuesto, o sea, se identifican masoquistamente con el vencido e inconscientemente con el sadismo del conquistador. He aquí la razón por la cual la historia cada quien la escribe como la siente, y del porqué actualmente nos encontramos los hispanos con un pasado lleno de mitos y falsedades.

Cervantes captó el espíritu dinámico moribundo en España; dicho espíritu fue transmitido a todas las inteligencias europeas, pero España tuvo que esperar tres siglos para que Ortega hiciera florecer el vitalismo, reviviendo la dinámica del pasado hispano-cristiano (la candidez de muchos les hace creer que Ortega estuvo influenciado por la filosofía germánica: Kierkegaard, Heidegger, y tal vez no se han puesto a pensar en la influencia del Quijote sobre estas personalidades y sobre todo en la del propio Ortega).

Fue, en efecto, Ortega quien revivió esta dinámica, y Américo Castro quien al reflexionar sobre la **Españolidad y europeización del Quijote**, ahondó sobre el asunto. En casi todas las obras de don Américo encontramos las facetas estáticas contrariando a las dinámicas, o sea, la muerte luchando contra la vida, Tánatos *versus* Eros. Veamos algunos ejemplos en su **De la edad conflictiva** que, al igual que Ortega, lo denuncian como un denodado vitalista: “Don Quijote, ya hidalgo —y «de solar conocido»—, es una vida que se está manteniendo y recreando en la nueva forma de ser elegida por él para su existencia (...) desde Cervantes se puso bien en claro que la vida consiste en estar queriendo ser (...) La consecuencia que la lección cervantina tuvo para la literatura europea no necesita ser recordada”. En la **Realidad histórica de España** (p. 142), cita hechos que demuestran las altas miras de los españoles antiguos: “Juan de Lucena, aquel converso del siglo XV, puso estas elegantes palabras en boca de don Alonso de Cartagena: «Nosotros (es decir, los españoles con conciencia de nuestra situación cultural), señor Marqués (de Santillana), no vayamos tras el tiempo, forcemos tornar el tiempo a nosotros»”. Prosigue Castro: “En otro lugar de esta obra digo, por otras pero análogas razones: «Seamos dueños y no siervos de nuestra historia»”. Al principio de su cita señala el maestro que “La meta hacia la cual tiende —consciente o subconscientemente— el «funcionamiento dinámico» de toda posibilidad de morada vital, sólo es perceptible retrospectivamente, porque los menesteres del historiador y del profeta son dispares”.

En otra parte nos cita al "gran humanista Juan Ginés de Sepúlveda (que) sentía el peligro de que al español le faltase tarea adecuada después de la conquista de Granada: «Según los filósofos, la naturaleza, para avivar sus virtudes, dotó a los hombres de cierto fuego interior que, si no se atiza y pone en acción, no sólo no luce, sino que languidece y a veces se apaga. Por eso a veces me vienen dudas de si no habría sido mejor para nosotros que se mantuviera el reino moro de Granada, en lugar de hundirse completamente. Pues si bien es cierto que extendimos el reino, también echamos al enemigo más allá del mar, privamos a los españoles de la ocasión de ejercitarse su valor, y destruimos el motivo magnífico de sus triunfos. De ahí que tema un poco que, con tanto ocio y seguridad, el valor de muchos se debilite». (p. 58). Castro estaba convencido de que la grandeza del español antiguo se hallaba en su "querer ser". Veamos: "Lo que muy inexactamente se denomina individualismo español, fue el residuo de una historia sin casi más norte que la creencia en los poderes incalculables de Dios y la voluntad soñadora y esforzada".

Una de las formas más claras de ver cómo la estética española fue envolviendo a la dinámica, hasta hacer de esta algo insignificante, es la metamorfosis de la mitología hispano-cristiana y española. Nos dice Castro que **"Hasta el siglo XV, más o menos, la creencia pendía de Santiago** (la única ciudad apostólica en España era la consagrada a él), junto al cual ya habían surgido otros nortes: la Virgen de Guadalupe, por ejemplo (cuyo paralelo mexicano aún anima la piedad de aquel pueblo). La creencia acabó por fragmentarse en otras varias, incluso en la fe en la realeza, que con los Reyes Católicos se rodeó de prestigio mesiánico, y casi "califal" con Felipe II. Desde el siglo XVI es visible, además, la fe en la proyección del propio valor (ese valor que en Quevedo y Gracián son ya mitos casi divinizados). Un hombre como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que sin otro auxilio que el de su persona, cruza el sur de los futuros Estados Unidos entre indios salvajes sefiorreados por su ingenioso valor, debía sentirse ser una fuerza sobrehumana. Es la época del gran caudillo, desde Gonzalo de Córdoba al duque de Osuna. **El prestigio que nimbaba la capitania celestial de Santiago, se posa ahora sobre el héroe humano, escaso en la Edad Media** (Fernán González, el Cid), porque **España, a su modo, comenzó a exaltar, desde el siglo XVI, ciertas figuras de la casta triunfante**, fenómeno que con no mucha exactitud se denomina Renacimiento, cuando se trata de España. (...) Tan débil se hizo el imperio de Santiago, que alguna orden religiosa se alzó contra él y trató de destronarlo; no pudiendo llegar a tanto, le enfrentaron un poder rival, copartícipe de su ya menguada soberanía. Tal es la significación de que los carmelitas, descalzos, o reformados, consiguieran del rey Felipe III y del Papa, la instauración de Santa Teresa en un nuevo e inaudito copatronato de España". Sólo algunos como "Quevedo, caballero de Santiago, se sintió reducido a la condición de villano al ver que le arrebataban al patrón máximo de España, para sacrificarlo al ideal de

los Carmelitas, según Quevedo, gentes débiles y afeminadas".

En verdad los españoles habrían de entrar en una etapa estática, tanática, quizás identificándose con santa Teresa, quien, a su vez, tan grande adaptación a la idea de morir tenía. España había dejado de defenderse contra su pasividad, y había acabado por aceptarla; pero aceptar la pasividad trae consigo un placer inefable que es el deseo de morir.

Estudiemos este deseo de morir en Teresa, (**Las moradas**): "y de morir por El mil muertes".

... ¿cómo, Señor, no se os puso delante la trabajosa muerte que habéis de morir, tan penosa y espantosa? ...

... Mirá lo que costó a Nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa, como muerte de cruz.

... estando el alma como habéis visto que se muere por morir cuando aprieta tanto, que ya parece que para salir del cuerpo no le falta casi nada; verdaderamente teme y querriase aflojarse la pena por no acabar de morir.

¿Habrás visto un deseo inconsciente más masoquista que este deseo de morir?

... Lo que más me espanta de todo es que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de Nuestro Señor (...) que no sólo no desean morirse, mas vivir muy muchos años padeciendo grandísimos trabajos.

... Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse.

Pero todo escritor, como santa Teresa, tiene un deseo inconsciente de ser muerto por hambre por la madre preedípica. Veamos la relación entre la alimentación y la muerte:

... un niño que comienza a mamar, que si se aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte?

Pero es que quizás no muera el niño sino que al sobrevivir se halle adaptado inconscientemente a la idea de morir de hambre, como en realidad lo estaba doña Teresa. Veamos:

... para que saquéis de las sequedades humildad, y no inquietud, que es lo que pretende el demonio (...) aunque creo de ellos que no los trocarían por las fortalezas de los que andan con sequedad.

... Hagamos cuenta para entenderlo mejor que vemos dos fuentes con dos pilas que se hinchan de agua (...) y soy tan amiga de este elemento.

... a manera de como si el agua que mana de una fuente no tuviese corriente, sino que la misma fuente estuviere labrada de una cosa, que mientras más agua manase, más grande se hiciese el edificio.

... Dios que detiene los manantiales de las aguas, y no deja salir la mar de sus términos, los manantiales por donde venia a este pilar de agua.

... abrasada con esta sed, y no puede llegar a el agua; y no sed que puede sufrir, ni no ya en tal término que con ninguna se le quitaría, ni quiere que se le quite.

... y él amarrado a un poste, y muriendo de hambre, y no por falta de qué coma, que tiene cabe sí muy extremados manjares, sino que no los puede tomar para llevarlos a la boca.

... aquellos pechos divinos, adonde parece está Dios siempre sustentando el alma, salen unos rayos de leche, que toda la gente del castillo conforta (...) y que de aquel río caudaloso, adonde se consumió esta fuentecita pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel agua para sustentar.

Mas no sólo tuvo santa Teresa la adaptación a la idea de morir de hambre (sed), sino que su deseo de devorar el pezón materno se convirtió en el deseo inconsciente de ser devorada y envenenada por el simbolismo de dicho pezón, la sierpe:

... aunque haya ésta entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez u otra es imposible dejarle de morder.

... padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer.

... tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él.

... Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas y entiendan que es bien dejarlas.

... Porque aquí es el representar los demonios estas culebras.

... mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que, como si a uno muerde una víbora, se empoxona todo y se hincha.

... porque todo esto hay y peligro de serpientes.

... Procuremos hacer lo que es en nosotros y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas.

... anque en estrotas moradas anden muchas baraundas y fieras ponzoñosas.

... y no parece sino que entonces se juntan todas las cosas ponzoñosas del arrabal y moradas de este castillo.

Claro está que santa Teresa se defendía contra este deseo interior de ser envenenada, dándose a sí leche, miel y palabras:

... que la humildad siempre labra como la abeja en la colmena de miel.

... y es esta voz tan dulce, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda.

Dentro de la conciencia de Teresa de Ávila se sostenía una lucha infatigable entre su yo-masoquista y su daimonion, entre Eros y Tánatos:

... todos los menosprecios y trabajos que puede haber en la vida no me parece que llegan a estas batallas interiores.

Batallas interiores que se suscitaban dentro de una conciencia de la cual estaba esta carmelita consciente. Veamos:

... porque no sabemos entender las diferencias de potencias y imaginación, y otras mil cosas que hay interiores.

... Esto no es visión intelectual, sino imaginaria, que se ve con los ojos del alma, muy mejor que acá vemos con los del cuerpo.

Teresa de Jesús nombra al demonio cerca de cien veces en esta obra, y esto se debe a que su enorme vitalidad reprimida en su infancia (primeros tres años de vida), ahora se revuelve contra ella, reprochándole su pasividad a todas horas. Veamos su daimonion en acción:

... jamás el demonio debe dar pena sabrosa como ésta; podrá él dar el sabor y deleite que parezca espiritual; mas juntar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad; que todos sus poderes están por las adefuertas; y sus penas, cuando él las da, no son, a mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra.

Hay dos formas de defenderse de los despiadados reproches del daimonion. Una es enfrentándose como el héroe, y otra, es aceptando la pasividad y el deseo inconsciente masoquista, como el santo. Así vemos cómo

santa Teresa acepta conscientemente su deseo de morir para que el daimonion la deje en paz. Veamos:

... que ansi es una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo: deleitosa.

... quitando nuestro amor propio y nuestra voluntad, el estar asidas a ninguna cosa de la tierra, puniendo obras de penitencia, oración, mortificación, obediencia.

... Otras que no hayan ofendido tanto a Nuestro Señor las llevará por otro camino, mas yo siempre escogería el de padecer, siquiera por imitar a Nuestro Señor Jesucristo. (Aquí vemos clara la defensa ante el reproche de que gozaba de su padecimiento).

... la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió, mas bien conoce ser cosa preciosa, y jamás querría ser sana de aquella herida (...) mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce.

... Entre estas cosas penosas y sabrosas juntamente.

... Destas mercedes, tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse.

Todo neurótico sufre de un fenómeno de identificación, ya sea con la madre cruel que fue la suya, o bien, con el niño indefenso y maltratado. A esto último se le denomina "gesto mágico positivo", o bien, "identificación masoquista". Veamos algunos ejemplos en doña Teresa:

... un gusano, y una abeja, sean tan diligentes en trabajar para nuestro provecho y con tanta industria, y el pobre gusanillo pierda la vida en la demanda (...) Pues crecido este gusano... comienza a labrar la seda y edificar la casa adonde ha de morir.

Pocos son los místicos que no se identifican con la sed que sufrió Cristo: "y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad".

Recomienda Teresa que para remediar las penas espirituales hay que identificarse con el sufrimiento ajeno: "El mejor remedio, no digo para que se quite, que yo no le hallo, sino para que se pueda sufrir, es entender en obras de caridad".

Es interesante la observación que Teresa de Ávila hace sobre la autosugestión: "cuando hay un gran deseo, y la misma persona, se hace entender aquello que desea". Recordemos en *El conde Lucanor* a Patronio hablar de las mentiras de Alvar Fañez: "E tanto lo afirmó esto que

ya el cuñado e todos los otros comenzaron a dudar que ellos erraban e que don Alvar Fañez decía verdad".

De notarse también es cómo el místico encuentra su unidad narcisista con Dios. Oigamos a nuestra asceta: "Digamos que sea la unión como si dos velas de cera se juntasen tan en extremo que toda luz fuese una u que el pabilo y la luz y la cera es todo uno". Recordemos el famoso estudio *Transferencia y amor* de Jekels y Bergler en el que llegaron a la conclusión de que "el amor es el intento de recapturar la unidad narcisista (pecho-niño), la completa entereza de la personalidad, la cual el yo considera en peligro, seriamente amenazada por el daimonion, por el sentimiento de culpa que constituye una molestia considerable para la unidad narcisista". (*Select-ed papers*, International University Press, New York, 1952.)

Esta introducción al estudio psicopático de Teresa de Jesús nos va aclarando un poco más el funcionamiento de la mente de los místicos, parte esencial del cuerpo colectivo hispano. Otros vendrán a desmenuzar, como ahora lo he hecho con *Las moradas*, toda la obra de esta santa hispano-hebreña, para corroborar lo aquí dicho y quizás para aumentar el estudio de las facetas psicológicas de esta gran mujer.

Todo el que se adentre en los descubrimientos Freud-Jekels-bergleristas, observará que éstos confirman las enseñanzas de Buda y de Cristo, en el sentido de que la abnegación es un bálsamo para la mente neurótica; pero no olvidemos que las defensas pseudoagresivas del hombre contra los ataques de su conciencia han establecido, primero la conducta y después la filosofía dinámicas, que son las responsables del progreso humano. Se puede asegurar que la vida es la dinámica a lo Santiago y que la muerte es la estática teresiana en que cayó España cuando aceptó su pasividad.

